

AÑO XXI.—NÚM. 6138

25 DE NOVIEMBRE DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

## EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 25 de Noviembre de 1881

CEMENTERIO  
DE LA VIRGEN DE LOS REMEDIOS.

Hagamos una visita en donde descansan los restos mortales de los que fueron. El camino, así en la planta como en el perfil, se asemeja á una serpiente boa y al de tortuga que nos describen Virgilio y Dante en el negro Tartaro. Ni los eucaliptus, ni los cipreses lo sombrean, ni ofrece la menor distancia á su nivel. El perimetro en que se halla esta necrópolis está en armonía con el mal camino. Apesar de las acotaciones y demás trabajos que se han hecho, no se han podido disimular del todo sus grandes defectos. Una vez dentro, y olvidando la perspectiva que ofrece á cierta distancia, el génio, ó la imaginación, ya puede hallar objeto en que ocuparse. Dejemos las acotaciones con sus grandes aleros que le han dado la forma de anfiteatro; la limpieza y el aseo que brilla por todas partes, y ocupémonos únicamente de los muertos y de la parte artística que parece dulcificar la amargura de recuerdos inolvidables.

Allí la ciencia, el arte, la virtud, todo tiene su lugar y paga á la ineludible muerte su tributo. La inocencia misma representa una cifra exagerada, pues la pálida muerte, como dice Horacio, echa suertes sobre todos: ni te perdona á tí por ser más débil ni la contiene tú por ser más fuerte. Cante el poeta epicúreo en los banquetes de los vivos; el que no crea no cante á la vista de los mausóleos y de los cadáveres. Los romanos veían aún á César después de muerto en una luz celestia; yo no quiero que esa maravilla, ó sea la organización del sér humano, sea comparable á una máquina de vapor: la máquina es esclava, y el hombre, es libre; la máquina es pasiva y el hombre es activo. Al hablar de la actividad, no nos referimos á esa actividad común, puesto que sabemos que todo está en movimiento: aludimos á la actividad psicológica que solo se encuentra en los seres animados, complejos.

Como creyentes y religiosos hemos hablado de los muertos en cuyo catálogo se escribirán nuestros nombres tal vez un día no lejano; digamos algo sobre el arte que se ha inspirado en aquella necrópolis.

Los panteones de la familia del señor D. Andrés Pedreño y de la señora de Peña, son de primer orden; en el primero brilla la gravedad y la solidez, en el segundo la elegancia y el génio del artista. En uno y en otro

no se han perdonado gastos de ninguna clase.

En el uno se ve al arquitecto trazando líneas; en el otro el génio del escultor y del artista con el cincel. Custodiada la capilla ó nicho del de la familia del Sr. Pedreño por dos estatuas que representan la Esperanza y la Caridad, y coronado el mausoleo por la Fé, ofrece un conjunto armónico y digno, de primer orden. Es verdad que fuera de los cementerios, y en sitios reservados, hay obras artísticas muy superiores, como el panteon del general Turenne, en el Palacio de los inválidos de Paris; el del Marqués de la Romana, en Palma de Mallorca y otros, pero esto son obras nacionales costeadas por el Estado y no pueden compararse con las de un particular.

El panteon de la de Peña es una obra magnífica que honra á su autor el Sr. Requena, es elocuente y elegante, sin carecer de la gravedad que requieren estas obras.

He dicho elocuente, porque los monumentos tienen tambien su lenguaje que se llama monumental. Cada piedra labrada nos habla un lenguaje alegórico: el esqueleto, la guadaña, el reloj, las cartelas holladas bajo los pies del génio, los colores del mármol, el ángel que representa la Fé, las plañideras, las antorchas, todo nos dice una frase.

El reloj de arena:

«Y no valdrán las puntas de tu rama,  
Ni tu púrpura hermosa  
A detener un punto  
La ejecución del hado presurosa.»

La Fé:

«Anima est immortalis;  
ergo mors non est timenda.»  
El alma es inmortal; luego la muerte no debe temerse. Vive en el cielo.  
«No me plañas, oh mortal,  
en este mundo falaz;  
allá se disfruta paz,  
y en la vida solo mal.....»

Las llamas de los pebeteros y antorchas:

Nadie entra en el cielo con mancilla. Orad por los difuntos.

El mármol blanco y el negro, que carecen de colores, segun la física:

La muerte nos iguala á todos (se entiende en lo material ó mundano.)

Una antorcha apagada, vuelta hacia á bajo:

Murió el génio, la ciencia, el arte, en el finado. Los muertos no pueden poseer nada de este mundo.

Si pudiese con la pluma satisfacer mis deseos, mucho escribiría. Cada golpe de cincel del Sr. Requena, se la traduciría en el lenguaje aliterado. Hoy puedo tan poco que la fuerza me obliga á cortar el artículo.

Como suponemos que los grandes y verdaderos artistas no pueden ofenderse porque se les hagan observaciones, con el respeto y comedimientos debidos, diremos que hemos vis-

to representada la Esperanza con los atributos de una ánora y una paloma, sin duda aludiendo á la del ramo de olivo, mensajera de la Paz. Así como los de la Fé, son la cruz el cáliz con la hostia y una benda ó velo. Por eso, refiriéndose á aquella virtud, se leen los siguientes versos:

«Blanca paloma, que un día  
cruzando el monte y el llano  
la paz al género humano  
llevastes con alegría.»

«Ancora de salvación,  
por tí fué el Anacoreta  
y por tí cantó el poeta  
su divina inspiración.»

En obras de gran valia hemos visto esos atributos; y no queremos decir que sean necesarios y esenciales.

B. COMELLAS.

## ECOS DE MADRID.

24 de Noviembre de 1881.

Decididamente la publicidad que se dá á los suicidios, rodea este acto criminal é insensato de cierta aureola, que contribuye á su propagación.

Muchas veces han convenido los periódicos en castigar con el olvido á los suicidas, en renunciar á las reseñas de los detalles de tan dolorosos sucesos; la ciencia ha demostrado que la lectura de semejantes noticias es abismo que atrae á los que tienen predisposición, pero el espíritu mercantil, el deseo de referir acontecimientos de sensación hace que uno traspase la línea de reserva impuesta, los demás le siguen, y, ó pasa uno á los ojos del lector por descuidado ó se vé precisado á escribir con sangre alguna que otra página de la Crónica.

—Me sacarán en romance? preguntaba un asesino condenado á muerte, al sacerdote que le exhortaba á reconciliarse con Dios.

—Hoy soy un hombre oscuro y desdichado, se dice el que medita suicidarse, mañana publicarán los periódicos mi nombre, verá la sociedad que me ha desconocido que tenía valor, que he preferido la muerte á la deshonra, á la pobreza, ó á las calabazas de una muger ingrata.

Y animado por esta esperanza de bomba póstuma, se levanta la tapa de los sesos ó se precipita desde el viaducto.

No es esto el cabal juicio, es la demencia; pero razón de más, cosa es sabida que un loco hace ciento.

Imbuido en estas ideas debía hallarse el joven valenciano que llegó á Madrid hace pocos días á tomar parte en los ejercicios para ingresar en el cuerpo de telégrafos.

En el espacio de veinticuatro horas le desahuciaron los examinadores, y una joven tan bella como bien

educada de quien se enamoró al verla en la calle.

—Si ella me corresponde, vivire; y le declaró su improvisado afecto.

La joven no respondió la primera epistola, y recibió otra en la que su adorador le anunciaba: que si no le correspondia, buscaria un consuelo en la muerte.

Asustada la tímida doncella dió la carta á su padre:

—Bahl exclamó éste, y parodiando á Hamlet añadió: palabras! palabras! palabras!

El joven esperó el tiempo que habia señalado y cuando vió que el cartero del interior repartia la correspondencia sin llevarle la epistola que aguardaba, salió de su casa, tomó un coche:

—Al barrio de Salamanca! dijo al cochero.

Y un momento después... ¡Catalun! en medio de la Puerta del Sol se levantó la tapa de los sesos.

A los dos dias en un paseo solitario y quizás después de leer en los periódicos los pormenores que acaba de referir, imitaba tan triste ejemplo un hombre decentemente vestido, cuya personalidad no pudo justificarse.

Convengamos todos en hacer caso omiso de estas catástrofes, en tres meses lo menos para probar y se verá como disminuyen los suicidios.

Pero no hay que hacer trampa, compañeros.

Dos niños verdaderamente desgraciados han dado ocasión al Conde de Xiquena, Gobernador civil de Madrid, para ejercitar sus nobles sentimientos.

El primero de dos años, abandonado por su madre y recogido por dos mujeres, fué destinado por estas á la Inclusa en la imposibilidad en que se hallaban de sostenerle. Las dos se dirigieron con la criatura, dispuestas á entregarlo á la caridad, por medio del famoso torno. Pero sus esfuerzos para colocar en este artefacto al pequeñuelo eran inútiles, el contenido era mayor que el continente. Los guardias de órden público, las sorprendieron en la operación, hubo esplicaciones, se depuró la verdad y el generoso conde tomó el niño bajo su protección.

Al día siguiente llegó un rapaz de siete á ocho años al Gobierno civil.

—El Sr. Gobernador? preguntó.  
—Que es lo que quieres? dijo el portero.

—Verlo.  
—Para que?  
—Para hablarle.  
La facilidad con que se expresaba